

302



*Antología*

*Viena*

*relatos*

*narrativa*

*M.A.R. Editor*

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © Joaquín Leguina, Miguel Ángel de Rus, Kalton Harold Bruhl, Anunciada Fernández de Córdoba, El Vizconde de Saint-Luc, Julio Fernández Peláez, Sara García-Perate, Andrés Fornells, Elena Marqués, Joseba Iturrate, Francisco José Peña, Isaac Belmar, Carlos Ortiz de Zárate, Hector Ranéa, Paloma Hidalgo, Juan Vivancos Antón, Fabricio de Potestad.

De la edición: © M.A.R. Editor

Edición literaria de Miguel Ángel de Rus

Fotografía de portada: Despacho del Emperador Francisco José I de Austria: © Guillermo Sastre  
Febrero de 2012

M.A.R. Editor

<http://www.mareditor.com>

ISBN: 978-84-939322-1-3

Depósito legal: M-50004-2011

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

## PRÓLOGO

**La Viena** que el lector encontrará en este libro es la de los cafés, los grandes conciertos de música clásica, las calles antiguas, los bellísimos edificios y, como no, la Viena imbuida del espíritu que deslumbró a Europa desde finales del S.XIX hasta que el nazismo llevó a sus mejores escritores al exilio o la muerte. Son autores imprescindibles en nuestras bibliotecas particulares, como Arthur Schnitzler, Kafka, Saki, Karl Kraus, Casanova, Stendhal, Joseph Roth, Katherine Mansfield, Hugo Von Hofmannsthal, Robert Musil, Thomas Bernhard, Peter Handke, Irvin D. Yalom, John Irving, Robert Löhr, Franz Werfel, o Josefine Mutzenbacher, entre otros. No se puede haber pasado por la vida sin conocer Viena, pero tampoco sin haber leído tres libros deliciosos de Arthur Schnitzler: *Juventud en Viena*, *Carta a una desconocida* y *Relato soñado*. Y sería interesante no perderse *Una letra azul pálido*, de Werfel. Dentro de la literatura vienesa hay un subgénero que es placentero como pocos; la literatura de café, denominada *Kaffeehausliteratur*, que marca una época, un estilo literario, un modo de entender la vida, entre 1890 y 1940. El gran Stefan Zweig, otro escritor vienés imprescindible, escribió en su libro *Die Welt von Gestern (El mundo del ayer)* sobre la *Kaffeehausliteratur*: «La cafetería vienesa es una institución que representa a una clase especial que puede compararse con cualquier otra clase en el mundo. En realidad, es una especie de democracia, cada uno con una taza de café barato, los huéspedes pueden sentarse durante horas, discutir, escribir, jugar a las cartas, recibir correo y pueden consumir un número ilimitado de diarios y revistas. (...) Cada día nos sentamos durante horas y nada se nos escapa.»

En *Viena*, encontrará el lector sabrosos relatos de destacados autores clásicos como Schnitzler, Kafka, Saki, Karl Kraus, Casanova, Stendhal, Katherine Mansfield. Pero también de autores españoles contemporáneos de gran interés, como Joaquín Leguina, Anunciada Fernández de Córdova, el Vizconde de Saint-Luc, Sara G<sup>a</sup>-Perate, Julio Fernández Peláez, Andrés Fornells, Elena Marqués, Joseba Iturrate, Francisco José Peña, Isaac Belmar, Carlos Ortiz de Zárate, Paloma Hidalgo, Juan Vivancos, Fabricio de Potestad y quien esto firma. Dos destacados autores hispanoamericanos culminan esta antología, imprescindible tanto para el viajero como para el amante lejano de Viena: Kalton Harold Bruhl y Héctor Ranéa.

Hay quien al pensar en Viena rememora los cientos de *Palais*: el Palacio Hofburg, el Palacio de Schönbrunn, el Palacio Erzherzog Wilhelm, el Palacio Erzherzog Ludwig Viktor, el Palacio Kinski o el Palacio Belvedere. Otros pensamos en los cafés: como el Bräunerhof, café habitual de T. Bernard, el Café Central, verdadera casa de P. Altenberg y lugar de inspiración de Schnitzler, el Bellaria, de estilo Art Nouveau, Demel, la pastelería más tradicional de Viena, el Café Mozart, el Landtmann, que acogió a Freud, el Sacher, detrás de la ópera, o el Museum, en el que se inspiraban Klimt, Schiele, Kokoschka, Canetti y Kraus. Todos ellos fluyen en algunos de nuestros libros preferidos y están presentes en *Viena*, la antología con la que M.A.R. Editor se reafirma como descendiente del espíritu europeo. Este es un libro para amantes de las mejores narraciones, para el viajero ocasional que quiere conocer dónde vivir historias fascinantes, para el soñador lejano que sabe que tiene una cita que acabará por cumplir, con el peso de lo inexorable, porque una vida con Viena es más.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

ARTHUR SCHNITZLER

La extraña



## ARTHUR SCHNITZLER

(Viena, Imperio Austríaco, 1862 - ibídem, 1931). Narrador y dramaturgo austríaco. Médico de profesión, desde 1893 se dedicó a la literatura. En su obra muestra interés por el erotismo, la muerte y la psicología. Es autor de 48 obras dramáticas, 58 de narrativa, 3 ensayos y de los guiones de películas inspiradas en sus textos. El teatro de Schnitzler llegó a ser muy famoso. Sus principios fueron duros ya que sus obras que desvelan las debilidades morales de la sociedad austríaca, eran incómodas para el poder. *Liebelei* (Amoríos) resultó escandalosa para la moralidad de la época, ya que ponía en escena a un adúltero burgués que se aprovecha de una joven de clase media. La novela breve *El teniente Gustl*, la primera en alemán en la que se emplea el monólogo interior, fue considerada un ataque al ejército por ridiculizar el sentido militar del honor y descubrir el antisemitismo del ejército imperial. En *La ronda* muestra la supremacía del instinto sexual sobre las convenciones sociales. La primera edición de 200 ejemplares la distribuyó entre sus amigos, y otra posterior, impresa en Alemania en 1903, vendió más de 40.000 ejemplares. Al año la obra fue prohibida y perseguida. Algunas de sus obras: *Morir*, *El regreso de Casanova*, *La señorita Else*, *Relato soñado*, *Teresa: crónica de la vida de una mujer*, *Huida a las tinieblas*, *Juventud en Viena*, y de teatro: *Anatol*, *Paracelsus* y *La cacatúa verde*, entre otras.



**Cuando** Albert se despertó, hacia las seis, vio que estaba solo en la cama. Su mujer se había ido. Sobre la mesilla de noche encontró una nota. Alargó el brazo y la leyó: «Querido, me he despertado más temprano que tú. Adiós. Me marchó. No sé si volveré. Que te vaya bien. Katharina.»

Albert dejó caer el papel sobre la colcha y se estremeció. ¿Volvería? Lo cierto es que daba lo mismo. No le sorprendía ni el tono de la carta ni lo sucedido, sólo que ocurría un poco antes de lo que temía. Su dicha había durado dos semanas. ¿Qué importaba? Estaba preparado.

Se levantó lentamente, se puso la bata, anduvo hacia la ventana y la abrió. Innsbruck yacía a sus pies, envuelta en la sosegada y silenciosa luz de la mañana. Y allí, en la lejanía, las inquietantes rocas se elevaban contra el azul del cielo. Albert cruzó los brazos sobre el pecho y contempló el paisaje. Sentía el corazón oprimido. Pensó que todos los cálculos e incluso una resolución tomada de antemano no hacían su destino más llevadero, únicamente permitían soportarlo con mejor talante. Dudó unos segundos, pero, ¿a qué esperaba? ¿No era preferible acabar rápido? La curiosidad que le abrumaba, ¿no revelaba acaso sus intenciones? Su suerte debía cumplirse. Estaba ya decidido cuando en el baile hacía dos años sintió por vez primera el fresco aliento de los enigmáticos labios de Katharina rozando su mejilla.

Recordó que aquella noche se fue a casa con Vincenz. Y pensó en todo lo que en aquella ocasión le contó su amigo. Y el tono cariñoso de la primera advertencia volvió a sonar en su cabeza. Vincenz sabía mucho de la vida de Katharina y su familia. El padre, a quien siendo coronel de un regimiento de artillería

durante la campaña de Bosnia le concedieron el título de barón, había caído bajo la bala de un insurgente. El hermano de Katharina había sido teniente de caballería y rápidamente dilapidó su parte de la herencia. Posteriormente, la madre sacrificó todos sus bienes para preservar al hijo frente a lo peor, pero aquello no sirvió de nada, y poco después el joven oficial se suicidó de un tiro. Entonces el barón Maassburg, que pasaba por ser el novio de Katharina, suspendió sus visitas a la casa, lo que se achacó no sólo a la lamentable situación económica de la familia, sino también a una curiosa escena que tuvo lugar durante el cortejo fúnebre. Katharina, sollozando, cayó en brazos de un compañero de su hermano, hasta entonces un completo desconocido para ella, como si se tratara de un amigo suyo o de su prometido. Un año después fue presa de una fuerte pasión por el célebre organista Banetti. Pero él abandonó Viena, sin que ella le hubiera hablado jamás.

Una mañana, Katharina le contó a su madre un sueño: Banetti entraba en el salón, tocaba para ellas una fuga de Bach, y después caía al suelo de espaldas, muerto, mientras el techo se abría y el piano volaba hacia el cielo. Aquel mismo día llegó la noticia de que Banetti se había arrojado desde la torre de la iglesia de un pequeño pueblo lombardo sobre el cementerio, quedando muerto a los pies de una cruz. Poco después, Katharina empezó a padecer melancolía, enfermedad que fue intensificándose poco a poco hasta que cayó en el más profundo ensimismamiento. Sólo la resistencia imperiosa de la madre y su inquebrantable creencia en la recuperación de Katharina impidió que los médicos enviaran a la muchacha a una institución de salud mental. Katharina pasó un año entero sola y en silencio, aunque a veces por la noche se levantaba de la cama y como en otro tiempo cantaba sencillas melodías. Poco a poco, ante el asombro de los

médicos, Katharina salió de su tristeza. Parecía recuperar la alegría. Pronto aceptó invitaciones. Al principio, sólo en el círculo de los íntimos. Pero las amistades de nuevo fueron ampliándose, y cuando Albert la conoció en el baile de la Cruz Blanca, le pareció de una tranquilidad de ánimo tal que las historias que le contó su amigo en el camino de vuelta a casa le produjeron una profunda desconfianza.

Albert von Webeling, quien hasta entonces no había frecuentado mucho el gran mundo, estaba en condiciones de acceder al círculo de Katharina, gracias al buen nombre de su familia y a su puesto como vicesecretario en un ministerio. Cada encuentro ahondó su inclinación hacia ella. Katharina vestía siempre de manera sencilla, si bien su esbelta figura y muy especialmente su manera regia de inclinar la cabeza cuando escuchaba a alguien, le conferían una distinción muy particular. No hablaba mucho, y sus ojos, cuando se encontraba en sociedad, parecían contemplar a menudo una lejanía inaccesible para los demás. A los hombres jóvenes los trataba con cierta falta de atención. Prefería conversar con hombres maduros, de buena situación y reputación. Un año después de que Albert la conociera, se enamoró —según los rumores— del conde Rummingshaus, que acababa de regresar de su expedición al Tíbet y al Turquestán. Entonces Albert intuyó que el día que Katharina concediera a otro su mano, sería el último de su vida. Y él, cuya existencia había transcurrido impertérrita hasta el trigésimo año, comprendió los peligros y la locura a los que una fuerte pasión puede precipitar al más sensato de los hombres.

Albert estaba convencido de su pequeñez frente a Katharina. Tenía unos ingresos razonables y siendo soltero podía llevar una vida razonablemente cómoda, pero de ningún modo podía esperar la riqueza en el futuro. Ante él se abría una carrera segura,

pero no sobresaliente. Vestía con mucho esmero, sin llegar a parecer nunca realmente elegante. Tenía soltura al hablar, aunque nunca tuviera nada especial que decir, y siempre se le veía con gusto, si bien no llamaba la atención. Y así sentía que un ser misterioso y de otro mundo como Katharina tendría que condescender profundamente si él quería conquistarla, y que le exigiría pagar caro una felicidad inmerecida. Pero como se sentía capacitado para afrontar cualquier sacrificio, le pareció que poco a poco se haría digno de ella.

Una mañana se enteró de que el conde, sin dar explicaciones, se había marchado a Galitzia. Con una determinación que no había mostrado hasta entonces, consideró que había llegado el momento y se presentó en casa de Katharina.

¡Qué lejano le parecía todo aquello!

Vio ante él la habitación en el Schottenhof, extensa y abovedada, aunque humilde, con viejos muebles bien conservados. Vio el solitario sillón de color rojo oscuro junto a la ventana. El piano abierto con algunas partituras encima. La redonda mesa de caoba. Sobre ella, el álbum de cubiertas de madreperla y la bandeja de porcelana antigua de Meissen para las tarjetas de visita. Recordó que había mirado hacia abajo, al amplio patio, por el que en aquel momento muchas personas venían de celebrar la misa de domingo de Ramos en la Schottenkirche<sup>1</sup>, justo enfrente. Al sonar las campanas, desde la habitación contigua entró Katharina con su madre, y no se mostró tan sorprendida por su visita como él había esperado. Le escuchó complaciente y recibió su proposición apenas con mayor emoción de la que hubiera

---

1. Iglesia fundada por monjes benedictinos en el S.XII. Sufrió varias catástrofes, como el terremoto de 1443; el colapso del techo en 1634; durante una visita de Fernando II de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Germánico, el impacto de un rayo que causó el derrumbe de la torre, en 1638, lo que propició que la iglesia se restaurara en estilo barroco. Hasta 1893 no se restauraría la torre. El interior, realizado a lo largo de varios siglos, es de gran belleza.

mostrado de haberla invitado a un baile. La madre, siempre con la sonrisa de cortesía de los sordos en los labios, se quedó sentada en silencio en una esquina del diván, y de cuando en cuando se llevaba su pequeño abanico de seda negro al oído. Durante la conversación en aquel cuarto fresco, en medio de la tranquilidad del domingo, Albert tuvo la impresión de haber llegado a una región en la que hacía tiempo habían sobrevenido fuertes tormentas y que ahora inspiraba un enorme anhelo de paz. Y, cuando más tarde, bajó las sombrías escaleras, le pareció que lo que sentía no era la embriaguez del deseo cumplido, sino el convencimiento de haber entrado en una época quimérica, aunque incierta y oscura, de su vida. Y mientras paseaba aquel domingo, de una calle a otra, atravesando jardines y alamedas, con el cielo vienés de primavera sobre él, junto a personas alegres y des preocupadas, se dio cuenta de que desde ese momento ya no formaba parte de ellos y de que sobre él empezaba a obrar un destino de una naturaleza diferente, extraordinaria.

Cada tarde se sentaba en aquella habitación abovedada. A veces Katharina, con una voz agradable, aunque casi por completo inexpresiva, cantaba sencillas melodías, la mayoría canciones populares italianas, que él acompañaba al piano. Después, y hasta bien entrada la noche, se quedaba con ella junto a la ventana, contemplando el silencioso patio, en el que los árboles verdeaban echando brotes. Las tardes que hacía buen tiempo se encontraba de vez en cuando con ella en el jardín del Belvedere. Allí, la mayor parte de las veces, ella solía permanecer sentada mucho tiempo, observando los juegos de los niños. Cuando le veía llegar, se ponía en pie y juntos recorrían los soleados caminos de grava. Al principio él le habló de su existencia anterior, de su juventud en la casa de sus padres en Graz, de la época de sus estudios en Viena, de viajes de verano, y se asombró de la vaguedad en la

que su vida anterior se le aparecía al intentar recordarla. Tal vez se debiera a que Katharina no mostraba el más mínimo interés por sus recuerdos.

Más adelante se produjeron algunos extraños sucesos, que en sí no debían de tener ninguna importancia, pero que en cualquier caso quedaron sin explicación. Así, un día, a la hora de comer, Albert se encontró a su prometida en la plaza de San Esteban en compañía de un elegante caballero, vestido de luto, al que hasta entonces él nunca había visto. Albert se detuvo, pero Katharina le saludó con frialdad y, sin preocuparse por él, continuó caminando con aquel desconocido. Albert los siguió un trecho. El caballero subió a un carruaje que le esperaba al otro lado de la calle y se marchó. Katharina regresó a su casa. Cuando por la noche Albert le preguntó quién era aquel caballero, le miró extrañada, mencionó un nombre polaco totalmente desconocido para él y se retiró a su alcoba. En otra ocasión le hizo esperar toda la noche. Apareció cuando estaban dando las diez con un ramo de flores silvestres en la mano y le contó que había estado en el campo y que se había dormido sobre una pradera. Las flores las tiró por la ventana.

Una vez visitó con Albert el Künstlerhaus<sup>2</sup> y se quedó largo rato parada ante un cuadro que representaba un solitario y verde paisaje de montaña con nubes blancas. Un par de días después habló de aquel paraje como si en realidad hubiera caminado por aquellas cumbres, y eso siendo niña y en compañía de su hermano muerto. Albert creyó al principio que bromeaba, pero poco a poco se dio cuenta de que el cuadro había cobrado vida en su memoria. Por entonces sintió que su asombro empezaba a con-

---

2. El Künstlerhaus de Viena es una sala de exposiciones situada en la Karlsplatz al lado del edificio de la Musikverein de Viena. El edificio fue erigido entre 1865 y 1868 y desde entonces ha servido como centro de exposiciones de pintura, escultura, arquitectura y artes aplicadas. Es propiedad de la Asociación de Artistas de Austria.

vertirse en espanto, pero cuanto más incomprensiblemente se le escurría su esencia, más desesperado y urgente clamaba su anhelo por ella. De vez en cuando conseguía hacerla hablar de su juventud, pero todo lo que le contaba, hechos reales y confesiones de remotos ensueños, flotaba ante él con idéntico reflejo, empañado, de modo que Albert no sabía qué era lo que se había grabado más vivamente en su memoria: si aquel organista que se había tirado desde la torre de la iglesia, el joven duque de Módena, que en una ocasión había cabalgado ante ella por el Prater, o un joven de Van Dyck, cuyo retrato viera de pequeña en la galería Lichtenstein. Su ser parecía dormitar como movido por objetivos desconocidos e inciertos, y Albert se dio cuenta de que él no significaba para ella más que cualquier otro al que en sociedad hubiera concedido el brazo para dar una vuelta por el salón. Y como le faltaba la fuerza necesaria para sacarla de aquella difusa existencia, sintió finalmente cómo su perturbadora alma le iba ofuscando y cómo poco a poco su manera de pensar, incluso de actuar, empezaba a desprenderse de los imperativos de la vida diaria.

Comenzó haciendo para la futura casa de ambos compras que superaban en mucho sus ingresos. Después regaló a su prometida joyas de gran valor. Y el día de la boda adquirió una pequeña casa en las afueras que a ella le había gustado durante un paseo. Aquella misma noche le llevó el acta de donación por el que se convertía en la única propietaria. Pero ella lo tomaba todo con la misma amabilidad y la calma con las que había recibido su propuesta de matrimonio. Seguramente, pensó, le tenía por más rico de lo que era. Al principio, como es lógico, se dijo que era necesario hablar con ella de su situación financiera. Lo fue aplazando día tras día, porque le faltaban las palabras adecuadas, pero acabó por considerar superflua cualquier declaración sobre

semejantes asuntos, pues cuando ella hablaba de su futuro, no lo hacía como alguien a quien un camino señalado de antemano le lleva lejos. Parecía que para ella todas las posibilidades seguían abiertas, y nada en su conducta hacía pensar en lazos internos o externos. Así Albert comprendió que le esperaba una felicidad incierta y breve, pero también que cuanto pudiera ocurrir, si alguna vez Katharina desaparecía, carecería de sentido para él, pues la existencia sin ella era impensable y tomó la firme determinación de abandonar sin más el mundo si la perdía. En aquella certeza encontró el único asidero durante aquella época confusa y llena de ansiedad.

La mañana que Albert fue a recoger a Katharina para la ceremonia nupcial, le resultó tan extraña como la noche que la conoció. Fue suya sin pasión ni resistencia. Viajaron a las montañas. Atravesaron valles estivales, recorrieron apacibles orillas de lagos fuertemente agitados y anduvieron por caminos perdidos a través de un bosque susurrante. Permanecieron junto a algunas ventanas, mirando hacia abajo las tranquilas calles de ciudades encantadas. Pasearon la vista por el curso de misteriosos ríos, hacia las mudas montañas, sobre las que pálidas nubes descargaban su vapor. Y hablaron de asuntos de la vida cotidiana, como cualquier otra pareja joven. Caminaron cogidos del brazo. Se detuvieron ante edificios y escaparates. Se consultaron, sonrieron, brindaron con vasos llenos de vino y, mejilla contra mejilla, se hundieron en el sueño de los afortunados. Pero en ocasiones ella le dejaba solo en la habitación sumida en una débil luz de una casa de huéspedes, por la que se esparcía toda la tristeza del extranjero; en el banco de piedra de un jardín, entre gentes que se alegraban del perfume del floreciente día; en un salón de techos altos, ante el cuadro oscurecido de un lansquenete o de una madonna. Y en tales momentos nunca supo si Katharina habría



de volver o no, pues en él permanecía la sensación de que desde el primer día nada había cambiado, de que ella era libre como nunca y de que él estaba por entero a su merced.

Por lo tanto, su desaparición aquella mañana temprano, tras un viaje de novios que había durado dos semanas, como también su extraña carta, sólo le estremecieron, sin sorprenderle en el fondo. De haber investigado, le habría parecido que la humillaba y que se humillaba a sí mismo. Lo que se la había quitado, fuera un antojo, un sueño o un hombre de carne y hueso, resultaba del todo indiferente. No sabía nada y no necesitaba saber nada más que el hecho de que ella ya no le pertenecía. Tal vez incluso fuera bueno que lo inevitable hubiera llegado tan pronto. Su patrimonio, con la compra de la casa, había quedado reducido a lo más mínimo, y no podrían vivir ambos de su pequeño salario. En todo caso, hablar con ella de problemas económicos y de las preocupaciones comunes de la vida cotidiana había resultado imposible. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de despedirse de ella. Su mirada recayó en la colcha, sobre la que se encontraba la nota. Tuvo el pensamiento fugaz de escribir en la cara en blanco unas breves líneas de explicación, pero desistió, seguro de que sus palabras no tendrían el más mínimo interés para Katharina. Abrió el maletín, se guardó el pequeño revólver y pensó en irse a cualquier parte de las afueras de la ciudad, para allí, con decoro y sin molestar a nadie, llevar a cabo su acción.

Aquella mañana de verano, un cristalino cielo de color azul oscuro y un bochorno prematuro se cernían sobre Wurzburg. Albert marchó en línea recta. No se había alejado cien pasos del hotel, cuando vio ante él la silueta de Katharina. Llevaba en la mano su sombrilla de seda gris y avanzaba lentamente por el camino. La primera reacción de Albert fue torcer y adentrarse por

otra calle, pero una fuerza más poderosa que todos sus propósitos, le llevó a seguirla, para procurarse la certeza de lo que hacía unos minutos creía haber afrontado con indiferencia. Le dio incluso algo de miedo que se volviera y pudiera descubrirle. Katharina tomó el camino del Hofgarten<sup>3</sup> y él se mantuvo a cierta distancia. Entretanto ella llegó a la Hofkirche<sup>4</sup>, cuya puerta estaba abierta. Entró. Albert la siguió, quedándose cerca de la entrada. Vio como Katharina avanzaba lentamente por la nave central del templo, entre las oscuras estatuas de héroes y reinas. De pronto se detuvo. Albert se alejó del lugar en el que hasta ese momento esperaba y se situó bajo un amplio arco detrás del monumento funerario del emperador Maximilian, que se alzaba majestuoso en medio de la iglesia. Katharina estaba inmóvil ante la estatua de Teodorico. Con la mano izquierda apoyada en la espada, el héroe de bronce miraba ante sí como con ojos eternos. Su actitud era de tremenda fatiga, como si fuera consciente al mismo tiempo de la grandeza y de la inutilidad de sus hazañas y como si todo su orgullo se hundiera en la melancolía. Katharina seguía ante la estatua de la columna y miraba fijamente el semblante del rey de los godos. Albert permaneció algún tiempo escondido y después se atrevió a salir. Ella tenía que haber oído sus pasos, pero no se volvió. Seguía como hechizada en el mismo lugar. Entró gente en la iglesia. Extranjeros con guías de color rojo. Hablaron junto a ella, tras ella. No oía nada. Durante un rato volvió el silencio. Katharina seguía como antes, en su inmovilidad igual que una estatua. Transcurrió otro cuarto de hora. Y otro. Katharina no se movió.

Albert se fue. A la salida se giró una vez más, para ver que Katharina se había acercado a la estatua y que con los labios

---

3. Céntricos e históricos jardines de Wurzburg.

4. Iglesia de la Corte de Wurzburg.

rozaba el bronceo pie. Albert se alejó rápidamente. Sonrió. Tuvo una idea que le llenó de cierta emoción. Podía hacer algo más por su amada, antes de irse. Se dirigió a un almacén de objetos de arte en la Bahnhofstrasse<sup>5</sup>, donde preguntó si podían hacer una imitación en bronce a tamaño natural de la estatua de Teodorico. Una casualidad quiso que hacía tan sólo un mes hubieran acabado una similar. El comprador, un lord, había muerto y los herederos no aceptaron la obra. Albert preguntó por el precio. Correspondía aproximadamente al resto de su fortuna. Dio su dirección en Viena e instrucciones precisas para que una persona de confianza de la empresa se encargara de colocarla en el jardín de su casa. Después presentó sus respetos, atravesó rápidamente la ciudad, tomó sombrío el camino que cruzaba el suburbial Wilten en dirección a Igl, y en el bosque se pegó un tiro, justo cuando el sol indicaba el mediodía.

Katharina volvió a Viena unas semanas después del suicidio de su marido. Mientras, los restos de Albert fueron inhumados en la cripta familiar de Graz. La noche de su llegada, Katharina permaneció un buen rato en el jardín ante la estatua, que había sido colocada en un bello lugar, entre altos árboles. Después fue a su habitación y escribió una larga carta dirigida a la oficina de Correos de Verona a nombre de Andrea Geraldini, así se llamaba el hombre que la había seguido desde la Hofkirche, cuando dejó a Teodorico el Grande, y del que llevaba un hijo en su seno. No supo nunca si aquél era el verdadero nombre del caballero, pues no recibió respuesta.

---

5. Céntrica, antigua y bella calle de Wurzburg, entre la Berliner Platz y el río, que con el tiempo ha pasado a ser turística y en la que se encuentra una variada oferta gastronómica.



KATHERINE MANSFIELD

El espíritu moderno

